

Festival Nacional del Cante de las Minas

La Unión ha devuelto al pueblo lo que del pueblo era

Pozo abajo, sierra adentro, nació el cante de las minas en La Unión, ciudad murciana que cuenta y canta el reencuentro del hombre con la tierra, allí en las profundidades de las galerías.

Aquel era el tiempo en que la fiebre de la plata ponía al rojo vivo la ambición de los «partidarios» o aventureros de la mina. Apasionante fin de siglo —«western» a la española— que llegó a acercar en seguida a La Unión su más coloso alias: «Nueva California».

En el fondo de una mina clamaba un minero así:
«En qué soledad me encuentro, se me ha apagado el candil. Maldigo mi nacimiento.»

Por entonces la copla andaba todavía desnuda de adobes literarios. Apenas un sencillo salmo doloroso. Las primeras letras eran siempre elementales, como nacidas exclusivamente para el ámbito solitario de las galerías, para la acostumbrada intimidad de la taberna —cartel de toros y anuncios de Anís del Mono—, cuando todavía quedaba lejana la tentación de las «galas» y el «long-play».

En sus «Temas flamencos», José Blas Vega habla de una «explotación del hombre por el hombre» como una de las raíces alimentadoras del cante de las minas. Porque muchas de las primeras coplas se proyectaban, efectivamente, con urgencias de rebeldía frente a la injusticia social de la época: misera soldada, opresiones, jornadas de sol a sol...

De la entraña de la mina sale el rico mineral para que tengan borlina los hijos de don Pascual.

He aquí, en potencia, muchos años antes de sus gloriosas proclamaciones oficiales, todavía sin atuendo «Carnaby Street» ni «poster pop», la primera canción protesta. ¡Ea, que nada hay nuevo bajo el sol!



LA MINERA, «CANTE DE HOMBRES SOLOS»

A la excitante convocatoria del nuevo Eldorado murciano, arriba a La Unión, allá por 1885, Antonio Grau Mora. En los ojos, la llamarada de la aventura, y en el estuche de la garganta, el mejor caudal jondo. Por el color del pelo, por una parte, y por razones del oficio, por otra, «Rojo el Alpargatero» se le nombra.

Por aquellos días el llamado «cante de la madrugada» —coplas del minero, dolor de la mina— resultaba aún, pese a constituir un portentoso cosmos dramático, un cante liso, fatto de matices; madera sin desbastar, en suma. La sabiduría del «Rojo» le otorga su plenitud: los medios toros, que es tanto como decir su llaga y su quemadura. Nace así la minera.

Vengo de mi trabajajo con mi trapico en la mano y no tengo quien me diga si vengo tarde o temprano.

«Cante de hombres solos» llamó Chacón a la minera, que no hay, en verdad, más triste soledad que la de la mina.

MAS COPLAS

Junto a la minera, sus dos hermanas, en duetos y quebrantos: la taranta y la cartagenera. «Todo el cante de las minas...» Abánico de tres aires, espejo de tres lunas. «A la hora de hacerse notar

—ha dicho Cristóbal Páez—, La Unión ha eludido la tentación de montar una farsa... Ha construido con materiales sencillos, casi pobres de solemnidad, la Capilla Sixtina del cante jondo, el templo más auténtico y popular que jamás se había dedicado a la sacra trinidad de la minera, la taranta y la cartagenera.»

Un tinte patético, de oscuras y dramáticas esencias, impregnará en seguida los tuétanos de las tres coplas.

—No vayas a la mina, corazón; mira que la muerte te acecha. Anoche soñé con tijeras abiertas. La obsesión de la muerte, tenaz, en pie siempre.

A la mujer del minero se le puede llamar viuda...

Día de Todos los Santos, se acaba la ampliación fotográfica del difunto con una lazada en negro, para su lucimiento, entre luces y crisantemos, sobre la tumba. Pasaba la gente con su ropa de los domingos, deteniéndose, conmovida por un momento, aligerando en seguida su paso de holgorio y romería, en busca de la nueva emoción de otras tumbas. —¡Ay, Jesús, que no somos nada!

LA OTRA CARA DE LA COPLA

Nadie podrá impedir, sin embargo, el otro costado placentero abierto, como un oasis, en muchas de las coplas del cante minero. Ocurre que a la salida de la mina, tras la jornada laboral, el hombre se encuentra aquí inmerso en un paisaje realmente exultante, con palmeras, molinos, mares a pares —Menor y Mediterráneo—, huertos, piteras, rabioso sol, encandilante como lámpara de Aladino... ¿No renacerá entonces en el hombre, aún húmedo de mina, el júbilo de vivir?

Deja que cobre en la mina y te compraré un refajo y unas enaguas muy finas que te asomen por debajo diez varas de percalina.

Abajo ha quedado el riesgo, el temor, la noche sin aurora de las galerías. Ahora, el corazón ya es sólo eso: una cometa que pide alegría, vitalmente, cielos abiertos para remontarse.

Cuando yo voy pozo abajo me encomiendo en Dios diviniño, y cuando voy pozo arriba, en las mujeres y el vino.

PONTIFICADO DEL CANTE

Al ya nombrado «Rojo el Alpargatero» le sigue en fama Conchita la Peñaranda. ¿Qué lengua mojada en hiel proclamó la copla negra de la Peñaranda?

Conchita la Peñaranda, la que canta en el café, ha perdido la vergüenza siendo tan mujer de bien.

Medio natural para la expansión de la copla fue el café cantante. En el café cantante corrieron vinos y aguardientes, «láguemas» mineras —mezcla de anís y coñac o vino viejo—, y su ámbito llegó a ser cátedra para la flor del cante pontificado minero: Chilares, Enrique el de los Vidales, el Peluca, Paco el Herrero...

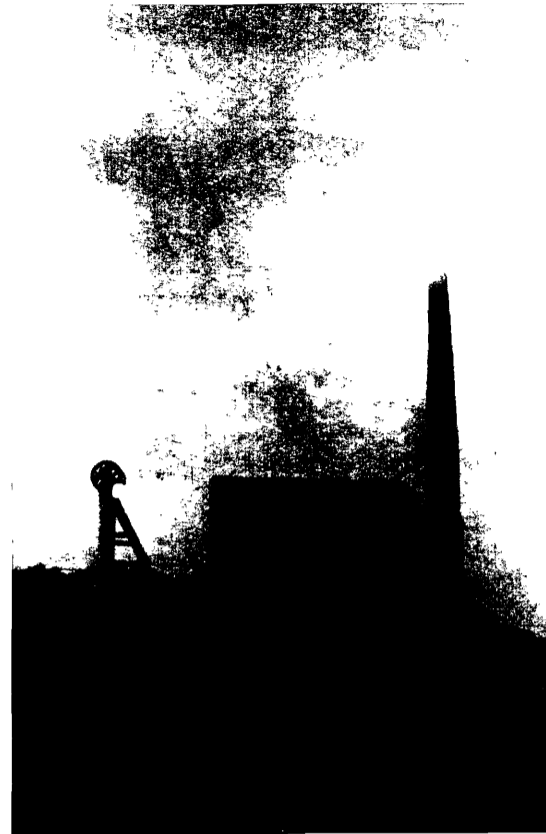
En el café Habanero cantaba el «Rojo el Alpargatero». El café Habanero ardió una noche. Cantando sobre sus cenizas, alguien pide entonces su pronta reconstrucción, con tan justificados motivos que es seguro debieron ser urgentemente atendidos:

Se quemó el café Habanero, no lo pueden levantar. Levantarlo, caballeros, sólo por oír cantar al Rojo el Alpargatero.

EL CANTE, DERROTADO

Puestos a rastrear en los desvanes de la historia minera, ¿vale la referencia de la derrota del cante como rito? Ocurrió que la cara del auge de la minería encontró su envés de desolación. El zarpazo de la crisis produce el éxodo hacia nuevos y más generosos horizontes, la diáspora que convierte a La Unión en una alucinante, increíble ciudad fantasma.

Selladas las bocas de las guitarras y apagada la copla en el labio. Por otra parte, el cante había co-



Nocturno minero

menzado a ser negocio antes que devoción. En los «colmaos», en los escenarios —oropeles de la «ópera flamenca»—, la copla fue perdiendo su alquimia. Había nacido la taquilla y, con ella, los charileros del cante.

Cuando, transcurridos los años, La Unión vuelve a recobrar su nuevo pulso minero, al cante se le había mandado al monte del olvido. Herida de muerte, la copla. En estudios, en ensayos, en enciclopedias culturales, ni una sola referencia a La Unión. Fosforito visita La Unión: asegura no haber encontrado, en relación con la minera, otro informe «sonoro» que el aportado por Grau Dausset, hijo del «Rojo el Alpargatero».

LA COPLA, A SALVO

Sin embargo, la copla minera anda hoy a salvo. La Unión ha sabido entender que en el carné de urgencias ciudadanas, junto a las muy justas apertencias materiales, cuenta también las resonancias del espíritu, y que tan importante como un proyecto de red para alcantarillado —valga el ejemplo—, viene a resultar, en último término, la salvaguardia de aquellas claves de su folklore, que es tanto como decir las de su propia alma.

Nació, así, exactamente en 1961, para devolver al pueblo lo que del pueblo era, el Festival Nacional del Cante de las Minas, más tarde incorporado al Plan Nacional de Festivales. En su apretada historia, frente a cualquier signo de receo o incompreensión, se levanta toda una larga suma de positivos resultados. A salvo, la copla. Toda La Unión, una campana de hermosas y claras resonancias.



«De la entraña de la mina sale el rico mineral...»

Precisamente en estos días, La Unión pone en pie la XV versión de su Festival, acercando, junto a la auténtica pureza del cante minero en boca de los hombres del pueblo, la presencia de aquellas primerísimas figuras que son bandera y gala en la historia contemporánea del mejor jondo: Fosforito, Menese, Camarón de la Isla, Pansequito, Naranjito, Luis Caballero... Y el culto al baile flamenco en los nombres de Sara Lezana, Manuela Carrasco, Pepa Montes...

Decíamos. Para gozo de propios y extraños, La Unión puede ofrecer hoy, a salvo en la mina de su garganta, aquella veta jonda —la más rica de su sierra— que un día corrió el riesgo de perder para siempre y que ahora conserva, con muy bien entendido orgullo, como lúcido y cabal fundamento de su propia historia.

Asensio SAEZ
(Fotografías: Díaz, Yito y G. Sánchez.)